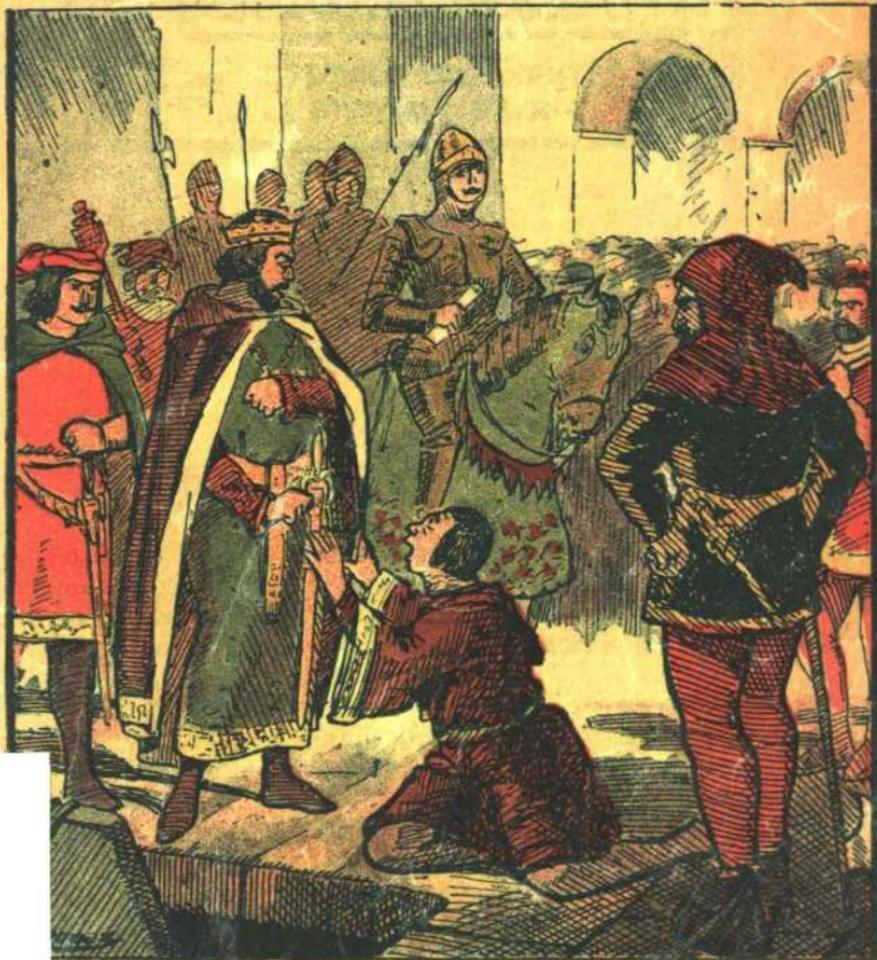


# ESPAÑA GLORIOSA

EPISODIOS CULMINANTES  
DE LA HISTORIA PATRIA

D. PEDRO EL CRUEL  
O EL REY JUSTICIERO



JT - F 1901

20 CTS.

ESPAÑA CLÁSICA  
EPISODIOS CULTURALES  
DE LA HISTORIA PATRIA



t. 1260855

c. 71658459

R. 160603



## Don Pedro el Cruel

---

### I

Alfonso XI, el Justiciero, rey de Castilla y de León que ciñó en sus sienes la corona del 1312 a 1350, murió el 27 de marzo de este último año, legando el cetro a su único hijo legítimo, don Pedro, habido en su matrimonio con doña María, hija del rey de Portugal.

Pero, don Alfonso, que si fué un buen rey, encambio, fué un mal esposo, había tenido amores con doña Leonor de Guzmán, a la que le legó diez hijos, de los que nueve eran varones. El mayor de éstos, llamado don Enrique de Trastamara, contaba cerca de tres años más que don Pedro.

Al nacer éste, en 1334, don Alfonso se separó de su esposa, dedicándose por completo a doña Leonor y viviendo con sus hijos bastardos, casi llegó a olvidar al legítimo que con doña María, residía en Sevilla.

Las vejaciones de que le hizo objeto su padre, agriaron el carácter de don Pedro quien, niño aun, ya se sintió dominado por el odio y la funesta pasión de la venganza.

Quince años contaba el heredero, cuando a la muerte de su padre, fué proclamado rey de Castilla, comenzando a gobernar su Estado bajo los auspicios del gran canciller don Juan Alfonso de Alburquerque, que era, en realidad, quien gobernaba, de acuerdo con doña María.

A petición de su abuelo, el rey de Portugal, don Pedro I perdonó a su hermano don Enrique, quien agradeció el perdón reclutando gentes y marchando sobre Gijón, de cuya plaza se apoderó por medio de un golpe de mano, en tanto su hermano don Tello se unía al rey de Aragón, don Pedro IV, obligándose a hacer una guerra sin cuartel al rey de Castilla.

Dolido por las ingratitudes de sus hermanos, puede decirse que, el rey de Castilla, debía a ellos el dictado de Cruel, pues que esto contribuyo a que su carácter impetuoso se excitara, obligándole a proceder con energía que se calificó de crueldad.

Durante los cuatro primeros años de su reinado, dejése conducir por su madre y Alburquerque; pero pronto comenzó a manifestarse su altivez y a ansiar empuñar las riendas del Gobierno para lo que tenía sobrada capacidad, a pesar de sus pocos años.

Alburquerque comprendió desde el primer momento, que pronto obraría el rey por impulso propio y atendiendo a conservar su poder, quiso envolver al monarca en las redes del amor, recurso que no por ser viejo, había de darle mal resultado, según su creencia.

En casa de su esposa, doña Isabel de Meneses, había sido criada una noble joven llamada doña María de Padilla, hija de una noble familia a quien las guerras civiles había conducido a la ruina, y en ella esperaba el valido hallar un poderoso sosten para seguir imperando en el ánimo del rey.

Cuando don Pedro se dispuso a partir para Asturias,

con ánimo de reprimir la insurrección del conde de Trastámara, Alburquerque preparó la entrevista del rey con doña María de Padilla, si bien la hizo parecer como casual.

Don Pedro quedó prendado de la belleza de la joven que, a la sazón, contaba entonces dieciocho años; pero no se unió a ella sino a su regreso a Castilla, después de haber sofocado la insurrección de Asturias, perdonando a don Enrique, y cuando, al volver de esta expedición, venció a don Tello, cuyas plazas tomó concediéndole igualmente la amnistía.

Entonces fué, repetimos, cuando don Pedro celebró matrimonio secreto con doña María de Padilla, de la que estaba rendidamente enamorado y que fué la única mujer que ocupó por entero su corazón, el resto de sus días.

Pasados los primeros meses de su matrimonio, puso don Pedro sitio a Aguilar, sitio que duró cuatro meses saliendo al fin vencedor el rey de Castilla.

Trasladóse entonces a Córdoba donde doña María acababa de dar a luz una niña que recibió el nombre de Beatriz y el título de infanta de Castilla.

Doña María era una mujer bella y discreta quien aconsejó a su esposo sacudiese la tutela a que le sometía Alburquerque, lo que dió lugar a que éste, reconociendo haber perdido el ascendiente que tenía, se marchase a Portugal.

El 3 de junio de 1353, celebróse el matrimonio de don Pedro con doña Blanca, hija del duque de Borbón, matrimonio que habían concertado Alburquerque y la reina madre, basándose en poderosas razones políticas a las que no pudo substraerse don Pedro.

Pero a las cuarenta y ocho horas de su enlace, abandonó el monarca a su esposa para unirse a doña María, que le aguardaba en la Puebla de Montalván.

## II

Aconsejado por doña María que imperaba en el ánimo del rey, este se reconcilió con sus hermanos, perdonando a los edictos a Alburquerque y mandando a su madre a Portugal, mientras doña Blanca fué conducida al castillo de Arévalo, para evitar que las dos reinas pudieran ponerse de acuerdo e intentaran coartar su libertad.

Poco tiempo después, don Enrique y don Fadrique, sus hermanos, se unieron a Alburquerque y levantaron bandera contra el rey de Castilla.

\* \* \*

Aguerrido y valeroso, gustaba el rey de recorrer las calles de Sevilla embozado hasta los ojos, para conocer por sí mismo, lo que el pueblo pensaba, al objeto de poner remedio a sus males y satisfacer sus justas aspiraciones.

Jamás su mano tembló ante el peligro y su espada, que era la primera del reino, estaba pronta a salir de su vaina para no volver a ella sino vencedora.

Una de aquellas noches que salía el rey en busca de aventuras, se vió detenido en su camino por una gitana que, con la pesadez propia de estas mujeres, requirió al monarca para que se dejara decir la buena ventura.

Quizás por pasar un buen rato a costa de las tonterías que pensaba oír de labios de la gitana, don Pedro, terminó por acceder y, extendiendo su diestra, dijo:

—Anda, dime la buena ventura y ten cuidado de no decirme muchas mentiras, que mi paciencia no es grande y podría costarte caro.

—¡Josús, que cosas dices! No me he de inventar nada y son las líneas de tu mano las que van a hablar por mi boca, respondió la gitana, mientras cogía en la suya la mano del rey y examinaba su palma.

Y luego de un detenido examen, continuó:

—Las líneas de tu mano dicen que eres noble y poderoso, tanto como un rey; que eres valiente hasta la temeridad e incapaz de cometer una acción villana, tienes amores con una mujer chiquitina, bella y de buen corazón, que corresponde a tu cariño jasiendo de felisiá. En tu vida sufrirás muchos disgustos por causa de alguien que te quiere mal; pero saldrás al fin vencedor de todos tus enemigos porque voy a darte una medalla que será para tí un talisman. Cuelgála de tu cuello y no te la quites; si la pierdes no respondo de que puedas vencer a tus enemigos.

La gitana dió al rey la medalla prometida y, don Pedro, la tomó, dibujando en sus labios una sonrisa.

—Y, ¿no dices nada más? preguntó a la gitana.

—Las últimas líneas de tu mano no estan suficientemente marcadas para que yo pueda leer en ellas, respondió la gitana.

Don Pedro era generoso y pagó largamente a la gitana, alejándose de aquel lugar. Pero como también era algo superstisioso, colgóse la medalla al cuello y cuidando mucho de no perderla.

Algunas noches después, regresaba don Pedro al alcázar cuando, para cortar camino, decidió atravesar el atrio de un convento de frailes, situado en uno de los barrios de la ciudad.

De pronto se vió detenido en su marcha por una voz que, potente, le ordenó:

—¡Atrás paisano: por aquí no se puede pasar!

Don Pedro no gustaba perder su tiempo en inútiles disputas y tiró mano de su tizona arremetiendo contra el que así le interrumpía su camino.

Pero el monarca halló una gran resistencia en aquel extraño personaje, que era un lego de un convento de frailes cercano al lugar donde se hallaba.

Al verse acometido así por el rey, sacó de debajo de sus hábitos una espada que a prevención llevaba y púsose a la defensiva, pasando con pasmosa habilidad, los tajos y mandobles que le dirigía su contrincante.

Excitado por la tenaz resistencia que encontraba en el lego, don Pedro, atacóle furiosamente, decidido a quitarse de enmedio aquel estorbo; pero su contrincante parecía invencible y no retrocedía un sólo paso. Largo tiempo llevaba así cuando, el lego, dejó la defensiva para atacar a su vez y con tal empuje y destreza lo hizo que desarmó al rey. Entonces, don Pedro, dejó caer el embozo de su capa.

—¡Cielos! ¡El Rey! exclamó sorprendido el religioso, y tiró al suelo su tizana, postrándose de hinojos ante el monarca y añadiendo:

—¡Señor, perdonadme! De haber sabido que eráis vos no habría desenvainado mi espada.

—¿Por qué te opusiste a mi paso? preguntó don Pedro.

—Habéis de saber, señor, respondió el lego, que el padre prior me ha puesto aquí para cuidar que los vecinos del barrio se lleven el agua de esta fuente que pertenece a la comunidad. Diariamente vienen aquí a llenar sus cántaros y botijos, como si fuera ésta una fuente pública, dejándonos sin agua con harta frecuencia. Muchas son las cuestiones que diariamente sostienen mis compañeros con el pueblo, hasta que hoy ha decidido el prior ponerme de centinela para ver si terminaba de una vez para siempre las contiendas con los vecinos.

—Y; ¡voto al Chápiro! replicó el rey, que no ha sido mala la elección; pues dudo que nadie se atreva a disputar contigo.

—Señor, perdón; no hacía más que cumplimentar una orden de mi superior, pero, de haberlo sabido...

—Levántate y nada temas, interrumpió el rey. Eres el primer hombre que me ha vencido con la espada en la mano; pero lo has hecho en buena lid y nada tengo que reprocharte. Guarda el secreto de lo que ha ocurrido y nada temas. Desde mañana, la comunidad tendrá derecho absoluto sobre esta fuente y le daré autorización para cerrar el atrio.

El lego recogió la espada del rey que entregó a éste, haciendo una profunda reverencia.

Don Pedro se alejó de allí y, al día siguiente, cumplía lo prometido al lego.

### III

El hecho que acabamos de relatar pone de manifiesto hasta dónde era *cruel* el rey. De haber merecido este calificativo, no habría escapado con vida aquel religioso que le había vencido. Pero don Pedro no le molestó para nada pues entendía que había procedido en el cumplimiento de su deber.

Para poner de manifiesto el carácter de aquel monarca y que nuestros lectores puedan darle el dictado que merezca, relataremos algunos detalles de sus hechos más salientes.

Otra noche, cuando iba a sus correrías, vió salir de una iglesia una mujer anegada de llanto.

Llamóle la atención al monarca la actitud de aquella mujer y siempre recatándose el rostro entre el embazo de su capa para no ser conocido, se acercó a ella, preguntando:

—¿Qué os aflige, buena mujer?

—¡Ay, señor! respondió la cuitada. Sabed que mi pobre marido entregó esta mañana su alma a Dios y el cura se niega a darle cristiana sepultura.

—¿Qué razones alega para ello?

—El que como su larga enfermedad nos ha arruinado, hasta el punto de que no tenemos un maravedí, no quiere enterrarle si no pagamos los deudos por adelantado. Yo le he dicho que dentro de tres días podría reunir, aunque fuere de limosna, los seis ducados a que suben los derechos y que entonces se los daría. Pero no ha querido atender a nada y me ha respondido que cuando le traiga la suma, dispondrá el entierro.

—¿Os ha dicho eso el cura?

—El mismo, señor.

—Pues bien, tomad esos diez ducados y no lloréis más. Y puso en manos de la afligida mujer la suma indicada.

La viuda no sabía como demostrar su agradecimiento a aquel caballero tan espléndido que de ella se había compadecido; pero el rey se alejó con precipitado paso, mientras la pobre mujer se quedó exclamando:

—¡Que Dios os bendiga, señor, y os colme de bienaventuranzas! ¡Que la adversidad jamás empañe vuestra dicha!

Al día siguiente ordenó el rey que se abriese una fosa a la puerta de aquella iglesia y se previniese una lápida para cubirla, dándole aviso de cuando estuviera dispuesta.

Todos extrañaron aquella orden del monarca, pero nadie se atrevió a preguntar.

Cuando dos días más tarde, le fué comunicado a don Pedro que su orden había sido cumplimentada, se encaminó a la iglesia en la hora que más concurrida se hallaba de fieles, y, llamando al párroco le dijo así:

—Ha tres días os negastéis a enterrar un cadáver porque su familia no podía pagaros el entierro.

—Yo, señor... exclamó el cura.

—No me interrumpáis. Habéis escarnecido con vuestro proceder al divino maestro que fué todo caridad, todo mansedumbre y yo, que nada tengo de santo, para que vuestro ejemplo no se própage entre los ministros del Señor, voy a castigaros de una manera ejemplar. Esa fosa ha sido cavada para vos.

—¡Pero, señor! exclamó aterrado el clérigo.

—Meteos en ella inmediatamente, ordenó implacable el rey.

Y como el cura se resistiera a obedecerle, ordenó imperativo a los esbirros que le acompañaban:

—¡Metedle ahí y cubrir la fosa!

No hubo apelación. El famoso Juan Diente que acompañaba al rey, metió al cura en la fosa que cubrió con la loza de mármol y, don Pedro, se retiró, dejando montada una guardia durante ocho días, para que nadie se atreviera a desenterrar el cura.

## DON PEDRO EL CRUEL



... murió gracias a la felonía de Beltrán que le ayudó eficazmente a que le asesinasen.

IV

Tenía don Pedro la propiedad de que, al andar muy deprisa, los huesos de sus rodillas producían un ruido particular por el cual podía conocersele en medio de la obscuridad, pues esta cualidad era de todos sus subditos conocida.

Una de aquellas noches que salía por las calles de Sevilla, casi siempre solo, se topó de manos a boca, al volver una esquina, con un embozado que le cerraba el paso, espada en ristre, que le dijo en tono imperioso:

—¡Atrás, caballero, si no queréis ir a cenar esta noche con todos los diablos!

No era la templanza la cualidad que más adornaba al rey, así es que, lejos de intimidarse, se enardeció al oír aquellas palabras y, desenvainando su espada, respondió:

—¿Se puede saber con qué derecho me interceptáis el paso?

—No es esta hora ni lugar a propósito para discutir derechos, respondió su interlocutor. Os he dicho que os retiréis y basta.

—¿Y si me negara a complaceros?

—La punta de mi espada os obligará a obedecer, añadió el desconocido.

Estas palabras colmaron la medida y, don Pedro, incapaz de contenerse por más tiempo, gritó fuera de sí, mientras arremetía contra el embozado:

—¡Dejad el paso libre!

Los aceros se cruzaron y de ellos brotaron chispas.

Don Pedro tenía un puño de hierro y un corazón sereno. Manejaba la espada con gran habilidad y pronto venció a su contricante cuyo pecho atravesó.

—¡Jesús me valga! exclamó el embozado, cayendo al suelo para no levantarse más.

El rey envainó su acero, subió el embozo de su capa y

se alejó de aquel lugar con precipitado paso, para no darse a conocer a la llegada de la ronda, cuyos pasos sonaban al extremo de la calle.

Pero el ruido de la contienda había despertado la curiosidad de una vieja que se asomó a la ventana en el preciso momento que el rey emprendía la retirada.

El ruido de los huesos de sus rodillas, hizo que la vieja le reconociera, la que, al tomarle declaración la justicia, dijo saber quien era el matador, si bien se negó resueltamente a decir su nombre.

Inútil fueron todos los recursos que emplearon los jueces para hacer declarar la vieja. Esta se encerró en un mutismo completo, temerosa de que pudiese serle funesta su declaración.

El rey la mandó llamar ante él y preguntóle si, en efecto era verdad que sabía quien había matado ante su casa a aquel caballero.

La vieja respondió afirmativamente.

—Vuestro deber es ayudar a la justicia, dijo el rey, y decir el nombre del matador para que se cumpla la ley.

—Vuestra Magestad puede disponer de mi suerte; pero jamás diré quien mató al caballero, replicó la vieja.

—Os mandaré colgar en mitad de la plaza, amenazó don Pedro fuera de sí.

Y quizás lo hubiera hecho como lo decía, si la vieja no hubiese tenido una inspiración que le salvó la vida sin nombrar al delincuente.

—Señor, dijo, tened piedad de mí. Pocos años me restan de vida y nada adelantará Vuestra Magestad con matarme. Yo os mostraré quien fué el matador; pero sin que me obliguéis a pronunciar su nombre.

—Sea, dijo el rey, mostrádmelo y os perdonaré.

Entonces, la vieja, tomó un espejo que pendía de una de las paredes del salón y lo puso ante don Pedro, diciendo:

—Mirad, seño, ese fué quien le mató.

El rey no pudo disimular un movimiento de sorpresa al ver el ardid de que se valió la vieja para no acusarle.

Ante semejante descubrimiento, el juez se atemorizó y no sabía qué partido tomar.

Pero, el rey, recobrando su sangre fría, le dijo:

—Es verdad, yo maté en duelo a ese hombre. Que se cumpla la ley y dejad en libertad a esta mujer.

Aun dudaba el juez y se permitió hacer algunas observaciones al monarca quien le atajó, diciendo:

—Vuestro deber como juez es condenar al delincuente. Cumplid con vuestro deber.

—Señor... balbuceó el juez.

—Haced lo que os ordeno y no olvidéis que, si no procedáis con justicia, os impondré un ejemplar castigo.

El juez consultó con sus superiores jerárquicos, quienes también se quedaron perplejos. Pero luego de varias deliberaciones, convinieron en que debía condenarse al rey, si no querían incurrir en su desagrado.

Y don Pedro I fué sentenciado a muerte, sentencia que él mismo confirmó disponiendo que un escultor hiciera un busto de su persona al que mandó ajusticiar para que la ley pudiera cumplirse.

## V

La nueva rebelión de los hermanos del rey, a que hemos hecho referencia en otro lugar, estaba apoyada por la reina madre, quien puesta de acuerdo con Alburquerque, no para derribar el rey de su trono, sino para hacer que éste gobernara bajo la tutela de aquella especie de confederación.

Contaban sus enemigos con la adhesión de todos los nobles del reino, razón por la cual don Pedro, juzgó temerario combatirlos por medio de las armas y, accediendo a las reiteradas instancias de doña María de Padilla, que acababa de dar luz a su segunda hija llamada Constancia, se sometió a los deseos de sus parientes.

Renunciamos a describir el sufrimiento del altivo rey, mientras duró aquella situación.

Muerto Alburquerque, pudo sacudir su ominoso yugo el rey de Castilla y se dedicó entonces a perseguir a los que le habían tenido secuestrado, para hacerles pagar con la vida las humillaciones de que le habían hecho objeto.

Reuniendo un fuerte ejército se encaminó hacia Toro, donde recidía su madre con su amante y consejero, Martín Telho, y puso sitio a la ciudad que tomó a poco.

Luego se dirigió al castillo estableciendo el cerco y atacando a sus defensores con sin igual denuedo. Cuando sus moradores estimaron que la defensa no podía prolongarse por más tiempo comisionaron al caballero navarro Martín Abarca, para que pidiera clemencia al rey en nombre de todos.

El caballero tomó en sus brazos a un niño de trece años, hijo de doña Leonor de Guzmán y de Alfonso XI y, desde el otro lado del foso, gritó al monarca:

—¡Señor: perdonadnos y os entregaremos a vuestro hermano don Juan!

A lo que contestó el monarca:

—Perdono a mi hermano; pero para tí no hay perdón, Martín Abarca.

El caballero navarro, dejándose llevar de su noble impulso, atravesó el foso y llegó hasta don Pedro, depositando al niño ante él.

—Ahí tenéis a vuestro hermano, dijo: haced de mí lo que gustéis. Me entrego a discreción.

El rey no pudo permanecer indiferente a aquel acto de grandeza y dijo:

—Lástima sería matar a tan noble caballero. Martín Abarca, yo te perdono.

Esto animó a la reina doña María quien, seguida de los principales factores de la rebelión, salió de la fortaleza presentándose a su hijo para pedirle su perdón.

El rey se lo otorgó complacido. Pero no así a los cabe-cillas, a quienes ordenó matar en su presencia. Entre ellos

estaba el amante y consejero de la reina, Martín Telho.

Don Enrique y don Tello también impetraron el perdón del monarca que este les concedió desde luego, a pesar de que era la cuarta vez que se lo concedía.

Don Enrique marchó a Francia como capitán aventurero y, poco después, la tranquilidad renacía en los dominios de don Pedro, cuya autoridad suprema era acatada por todos.

Entonces se trasladó a Sevilla con doña María de Padilla y sus dos hijas, instalándolas en el regio alcázar, con el veneplácito del pueblo que reconocían a doña María como la única y legítima esposa de su monarca.

Su talento y nobleza de sentimientos, le habían granjeado el cariño del pueblo entero, y no era de extrañar que el rey adorase en ella como adoraba, pues era muy digna de ser respetada y querida en la forma que lo era.

## VI

En 1357, declaró la guerra a Aragón, en virtud de que el almirante Perellós se apoderó en el Gualdaquivir de unas barcas cargadas de aceite, negándose a acceder a las demandas del rey de Castilla para que soltara su presa.

Don Pedro IV de Aragón, púsose de acuerdo con los hermanos bastardos del rey de Castilla, para que hicieran estallar la guerra civil en sus estados.

Por otra parte, Alvar Pérez de Guzmán se le pasó al monarca enemigo y su cuñado don Juan de la Cerda, se reveló contra él en el Castillo de Gibalfaro.

Durante esta guerra, don Pedro, confirmó su fama de valiente, conquistando un buen número de ciudades al enemigo.

El castillo de Gibalfaro fué tomado por las milicias de Sevilla y don Juan de la Cerda, condenado a muerte.

Hallábase el rey en Tarragona, cuando esto ocurría, donde la esposa de don Juan de la Cerda fué en demanda

del perdón de éste que el rey le concedió, si bien llegó cuando la sentencia estaba ya ejecutada.

Comisionado por el Papa, el cardenal Guillermo, obtuvo del rey de Castilla una tregua en la lucha para gestionar la paz entre ambas naciones. Pero como las condiciones en que ésta se ajustó consideraba el monarca, eran onerosas para Castilla, se negó a aceptarla.

Esto exasperó al cardenal quien, trasladándose inmediatamente a Sevilla, dijo al rey que, o aceptaba las condiciones de la paz o lanzaría contra él la excomusión de la iglesia.

Ni aun a esta amenaza accedió el rey. Y, el cardenal, salió precipitadamente del palacio, dirigiéndose hacia el río donde embarcó en una lancha que le condujo a una galera que, con las anclas levantadas, estaba dispuesta para marchar.

Don Pedro cuyo impetuoso carácter no era fácil dominar, pidió un caballo saliendo en persecución del cardenal y lanzándose tras él, llegó hasta el río, entrando en sus aguas cen la espada desnuda, en persecución del religioso.

## VII

Don Tello y don Enrique sostenían la lucha contra su hermano, de acuerdo con don Fadrique que, al servicio de don Pedro conspiraba contra él. Conocedor de esta traición el monarca y harto ya de perdonar a los ingratos, mandóle llamar a su presencia sin darse por entendido de su traición, y le hizo dar muerte en el mismo alcázar.

Luego salió con el infante don Juan para Vizcaya, cuya corona ansiaba este último.

Allí persiguió a don Tello que salió huyendo para Bayona, persecución que le estorbó los vientos contrarios que se opusieron en su camino.

Reunidos bajó el árbol de Guernica a los señores para que eligieran monarca, lo fué el rey de Castilla por haber defendido con justicia los fueros de Vizcaya.

El infante don Juan, en el que el rey don Pedro había visto un nuevo enemigo, fué decapitado en aquella ocasión.

En tanto continuaba la guerra con Aragón, cuya paz no fué firmada hasta el año 1361.

Este mismo año murió la reina doña Blanca, en el castillo de Jérez donde estaba recluida y, más tarde, doña María de Padilla; cuya muerte fué muy sentida tanto por el rey como por el pueblo de la que era tan querida la noble y generosa dama.

Durante este año y el siguiente, aun sostuvo don Pedro cruenta guerra contra los moros de Granada.

En 1366, ayudado por el famoso guerrero Beltrán Dugesclin, volvió don Enrique a encender la guerra civil en los estados de su hermano, siendo derrotado don Pedro que huyó refugiándose en Inglaterra, de donde regresó a poco desembarcando en el norte y reconquistando su corona, después de dos años de lucha.

Gobernó en la paz durante algún tiempo hasta que, volviendo don Enrique con Beltrán, tormó a estallar la guerra civil. Aquella lucha llevaba trazas de ser eterna y, en una de esas batallas perdió don Pedro el talismán que le había dado la gitana diez y nueve años antes.

Desde este momento, el ánimo del rey decayó de un modo visible.

Poco tiempo después murió aquel gran rey en la villa de Montiel, a manos de su hermano don Enrique de Trastámara, gracias a la felonía de Beltrán que le ayudó eficazmente a que le asesinase.

Estos son, a grandes rasgos, los hechos más salientes de este rey que, durante diez y seis años, ciñó en su frente la corona de Castilla, sosteniendo cruenta lucha con sus hermanos y a quien unos designan con el dictado de el Cruel, mientras otros le dan el de Justiciero.

---



